



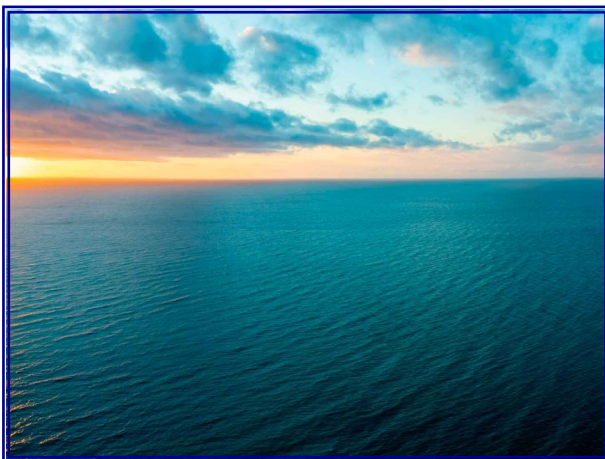
Un misterio que fascina

El domingo siguiente a la fiesta de Pentecostés se celebra la solemnidad de la Trinidad Santa. En este día se nos invita, como afirmará el Papa Francisco, a *“dejarnos fascinar una vez más por la belleza de Dios; belleza, bondad e inagotable verdad. Pero también belleza, bondad y verdad humilde, cercana, que se hizo carne para entrar en nuestra vida... para que cada hombre y mujer puedan encontrarla y obtener la vida eterna”*.

Un océano sin orillas

Las **Micrologías** -palabra que significa estudio de cosas muy pequeñas, que no se pueden ver a simple vista- escritas durante el pontificado del Papa San Gregorio VII, designan al domingo después de Pentecostés como *“Dominica vacans”*, es decir: sin oficio especial, pero se añade que en algunos lugares se recita el oficio de la Santísima Trinidad compuesto por el obispo Estaban de Lieja

(903-20). Es un *“admirable misterio”*, como así se afirma en la oración colecta, al que siempre resulta provechoso acercarse. No es un enigma indescifrable, más bien, tal como afirmará san Pablo VI, *“un océano sin orillas”* que Cristo ha revelado.



Una meditación atenta y humilde de este *“máximum mysterium”* -himno de Laudes del propio de los Trinitarios- ha hecho que sea introducido en el calendario universal de manos del Papa Juan XXII.

En este año se nos ofrece todo un itinerario para su saboreo interior:

- Dios se revela con la compasión de Padre. (1ª lectura)
- La compasión le mueve a la encarnación salvadora. (Evangelio).
- Fruto de la encarnación salvadora es la presencia del Espíritu que nos santifica para vivir en paz y armonía (2ª lectura).

Una alabanza armoniosa

Este misterio de luz, como así se afirma en el himno **Trinitas Semper veneranda corde** -de autor anónimo- *“se nos presenta para ser celebrado con himnos y cánticos”*. Alabar, quehacer que realiza la Iglesia a través del tiempo, significa elogiar, piropar. Es proclamar las maravillas de Dios, su grandeza. Expresarle nuestra admiración por su **compasión**, por su **salvación**, por su **santificación**, por su **ternura**.

Es la reacción espontánea de quien tiene un encuentro con Dios o con sus obras (Lc 2, 36-38; Mt 21, 8-10; Hch 3,2-9; Lc 18, 35-43). Brota del hondón del alma de quien ha descubierto el paso de Dios por su vida. Así ocurrió con Bartimeo luego de ser sanado. De igual modo sucedió con el tullido al que curaron Pedro y Juan el día de Pentecostés. Con la Virgen María que cantó llena de alegría el Magnificat, porque el Poderoso se había fijado en *“su pequeñez”*.

Así sucede, también, con los santos, que hacen de su vida una *“alabanza armoniosa”* cfr. 146,1. Han pasado a ser, como afirma Isabel de la Trinidad, *“la morada de tu amor y el lugar de tu reposo”* cfr **Elevaciones a la Santísima Trinidad**.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Daniel 3, 52. 53. 54. 55. 56

A ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, bendito tu nombre santo y glorioso.

Bendito eres en el templo de tu santa gloria.

Bendito eres sobre el trono de tu reino.

Bendito eres tú, que,

sentado sobre querubines, sondeas los abismos.

Bendito eres en la bóveda del cielo.

La palabra de Dios nunca envejece. El Espíritu Santo es Señor y dador de vida y, a través del tiempo, la va actualizando, en la memoria de la Iglesia, a fin de que sea lámpara *"para mis pasos, luz en sendero"* cfr 118,105.

La liturgia nos ofrece, como salmo responsorial, la oración de tres jóvenes hijos de Israel: Ananías, Azarías y Misael. Habían sido arrojados a un gran horno de fuego por el rey de Babilonia Nabucodonosor. El motivo es que se habían negado a prosternarse ante su estatua de oro. Su determinación de ser fieles a Dios y de salvaguardar su libertad puede llevarles al martirio, como sucede hoy a tantos cristianos que, por ser coherente con la fe que profesan, no se acomodan a lo que, así podríamos decir, políticamente correcto.

Son echados a un horno encendido, pero Dios, como aconteció antiguamente con el pueblo de Israel

que abrió para ellos un camino a través del mar a fin de que pudiesen librarse del faraón, interviene, de igual modo, a fin de evitar que las llamas dañen a los tres jóvenes: ante los ojos incrédulos de Nabucodonosor, Ananías, Azarías y Misael caminan en medio del fuego como si *"soplara un viento lleno de rocío"* que les abre un sendero en medio del horno cfr Dan 3, 50; más aún, están acompañados por un ángel que *"en apariencia es como un hijo de dioses"* cfr Dan 3,92, y comienzan a alabar a Dios.

¿Cómo no ver en ese viento lleno de rocío la acción del Espíritu Santo? En la secuencia del pasado domingo hemos cantado que es *"brisa en las horas de fuego"*. Aroma delicioso que trajo alivio a los tres testigos de Dios que habían sido lanzados a un horno al rojo vivo. Y, ¿ese ángel con apariencia de *"como un hijo de dioses"*? En las laudes matutinas del domingo de pascua se encuentra esta antífona que dice: *"Ha resucitado del sepulcro nuestro Salvador, que libró del horno encendido a los tres jóvenes"*.

Dios es glorificado en sus mártires. En ellos resplandece la belleza inagotable del Altísimo. Hablan de Dios como un amor que debe preferirse a cualquier otro.

Su generoso testimonio se convierte en *"alabanza armoniosa"* cfr sl 146,1, a la que se asocia toda la creación como así acontece en el responsorial de hoy.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Domingo de la Santísima Trinidad "A"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.